

Del incesante océano de la existencia

María Jesús Casals Carro
Profesora Titular
UCM

JUAN A. HERNÁNDEZ LES (2002): *Confesiones de un crítico de cine. Autobiografía de los otros*. Madrid, Ediciones JC. Colección Imágenes. 175 páginas

Si la libertad significa algo, es el derecho de decirles a los demás lo que no quieren oír: La cita, de George Orwell, es una de las que preside este libro de Juan Antonio Hernández Les y que podría resumir el espíritu libre con el que ha sido escrito. Estas *Confesiones de un crítico de cine* es ante todo un texto sincero, escrito con alma y juicio, con razón y emoción, ajustado al significado del sustantivo “confesión”, es decir, un examen de conciencia, un relato de la propia vida para explicársela a los demás, una declaración de lo que uno sabe para utilidad de otros. Esta es la actitud que se percibe en todo el texto, desde la primera a la última página: libertad. Una crítica libre, que no impúdica. La diferenciación ejercida de estos matices hoy perdidos por culpa de la poderosa televisión y del omnipotente mercado –el mercadeo de la “seudo sinceridad”- hace que este libro posea un interés para el conocimiento de muchas cuestiones: cómo se llega a ser crítico de cine, el ejercicio periodístico de la crítica y sus limitaciones-sujeciones-servidumbres, el cine y los cineastas, la política cultural, la larga sombra del poder que sólo cobija a los espabilados, las relaciones de amistad y su influencia en el ejercicio profesional, la autocrítica por los errores cometidos, la docencia universitaria y mucho de la historia político-cultural de la transición española. Es curioso que se me haya ocurrido sin calibrarlo este sintagma: político-cultural; la verdad es que tras la lectura de este libro, también de algún otro, la realidad se percibe como una conjunción de factores inseparables, y nunca en parcelas ideales con las que se trata de estudiar o de analizar o, peor, de reconstruir.

Estas confesiones de Hernández Les muestran una cuestión para reflexionar a los que nos dedicamos a la docencia universitaria del periodismo y es la siguiente:

tal vez habría que replantearse el cómo escribir sobre ciertos conceptos que escapan a las teorías. El corpus teórico sobre las ciencias de la comunicación en general se ha ido llenando de obras que aspiran a ser definitivas. Abundan en ellas las definiciones y las clasificaciones. El tono de cátedra es imperativo. Y así se va cumpliendo el penoso dicho de que “cada maestrillo tiene su librillo” y digo penoso porque esa es una realidad que va matando el concepto científico. En el libro de Hernández Les no hay citas a pie de página ni notas explicativas aunque sí un índice onomástico que da fe de los muchos y heterogéneos nombres que pueblan sus páginas. Desde el primer momento el autor inicia su diálogo con un interlocutor que no es otro que el lector a quien trata con el respeto y sinceridad que exige el amigo. Diálogo, que no monólogo, con el otro y consigo mismo. No hay definiciones para retener. Hay reflexión, experiencia, aciertos, errores, éxitos, fracasos, deseos y, luego, la realidad. Resultado: se aprende. Incita a pensar. Con ello no opongo el texto normativo con el reflexivo y experimental. Tan sólo expongo que ambos son necesarios, importantes y didácticos. Una diferencia sí formulo: que el segundo es más difícil que el primero por la crítica y autocrítica que exige. Y porque si es sincero, cuestión fundamental para su eficacia, no puede ser servil. Es libre: primera condición para la defensa del conocimiento. Esa libertad, la auténtica libertad de cátedra, tan mal entendida algunas veces, es la que asoma gloriosa en muchas páginas de la obra de Hernández Les, antes crítico de cine, profesor actualmente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de Santiago de Compostela: *Ahora que no escribo me siento verdaderamente un crítico. Ahora, en mis clases de Historia del Cine, puedo decir todo lo que siento y, ahora, siento que soy un crítico muy severo, que no se conforma con esas argumentaciones graciosas que se deslizan en el programa televisivo de Garci. Tampoco ahora puedo soportar la doble faz de Ángel Fernández-Santos defendiendo la última película de Gracia Querejeta. Ni Fernández-Santos, ni Boyero, ni Monterde son hombres libres. Yo sí lo soy. Ellos están en Madrid o en Barcelona. Están muy cerca de la industria (...) y, además, ya son incapaces de ver la realidad porque creen que forman parte de un grupo esencial: la “inteligentsia”, el politburó de la crítica.* (Páginas 147-148)

Un buen libro el del profesor Hernández Les. Un libro lleno de esa libertad de sí mismo que el autor opone contra la libertad para sí mismo, es decir, para conseguir un objetivo nunca confesado, por supuesto. Este matiz sobre el concepto de libertad está presente en las palabras que razonan y las que relatan, en las que explican siguiendo a Barthes, por ejemplo, o en las que desnudan la memoria. Su memoria y la memoria del cine español, de las publicaciones que nacen y viven a su amparo y de los mejores o peores ejercicios de crítica cinematográfica. Hernández Les siente y transmite que el cine es vida, la vida de algunas generaciones que aún omitiendo fronteras, y que nos pertenece a todos, no sólo a los tribunos de los medios de comunicación. Con la maestría que su sensibilidad y cultura le permiten, trasciende la anécdota de sus experiencias personales en categorías para el conocimiento. La sinceridad de estas memorias no está al servicio de ningún ajuste de cuentas. Es un libro de escritura bella, sin pretensiones, como una gota en el océano, tan libre como ella en su salto, pero sabiendo siempre a dónde pertenece.